

Discusiones enconadas

Vivimos en una época, a no dudarlo, excesivamente polemizante. El sereno diálogo, tan fecundo en tantos aspectos, vienen muchos a frustrarlo mediante enconadas discusiones donde, con frecuencia, en vez de brotar luz se espesan tinieblas. Con lo cual, salimos todos perdiendo.

Ejemplos de lo afirmado, con referencia a lo que ocurre allende nuestras fronteras, podrían ser citados a granel. Así, en relación con nuestros vecinos más próximos, merece ser recordada la polémica que anteayer sostuvieran Cocteau y Mauriac o, más recientemente, ayer mismo, la acabada de iniciar entre Camus y Sartre (Resúmenes de ambas polémicas pueden verse, respectivamente, en las interesantes publicaciones *Litoral*, de Valencia, núm. 2, y *Revista*, de Barcelona, núm. 35).

Algo semejante a lo que ocurre en Francia, acaece también aquende los Pirineos, cuando el ardor polémico parece haberse centrado en torno de lo español y su problemática. Primero, fueron apareciendo extensos libros sobre el particular: *España como problema* (Laín Entralgo), *España sin problema* (Calvo Serer), *El español y su complejo de inferioridad* (López Ibor), *Atabanza de España* (Santiago Magariños)... Luego, han sobrevenido punzantes artículos, cuya brevedad en nada aminora su animosidad, de Arellano (en *Arbor*, bajo el epígrafe «Nuestra generación universitaria y la vida española actual»), «Arévaco» (en *Laye*), Florentino del Valle (en *Razón y Fe*, bajo el título «¿Hemos perdido la clase obrera en España?»), Jorge Vigón (en *Ateneo*), etc.

Ante el panorama que presenta este cúmulo de discusiones, y aun a despecho de los residuos aprovechables —e innegables— que ocasionalmente van brotando de las mismas, cabe preguntarse: ¿No le iría mejor al mundo si sus intelectuales consumiesen en ansiedad constructivamente sistemática lo que consumen en impulsivos vaivenes discutidores?